

UNO MÁS UNO

El Salvador

Historias prohibidas

Jaime Avilés

La historia personal de Miguel Mármol también puede ser una metonimia de la historia del movimiento revolucionario de masas de El Salvador. En enero de 1932, horas antes de la insurrección, recuerda el viejo combatiente campesino, "fui detenido con varios compañeros más y el ejército nos ejecutó en parejas". Llevado frente a los fusiles, agrega, "me pusieron junto a un compañero polaco pero me dispararon primero a mí". Esto es lo increíble y verdadero, dice: "Las balas me fueron en el pecho y caí sin vida, luego el compañero cayó sobre mí y los soldados tiraron los cuerpos, y pasó que unos compañeros me rescataron y me llevaron donde una hermana mía a esconderme, y pasamos frente a muchas guarniciones militares ya en plena insurrección y no me vieron. . . era como si yo fuera invisible".

Hoy en día Miguel Mármol está vivo, encanecido, fatigado y dispuesto a sumarse a la nueva ofensiva popular de las masas salvadoreñas. Su relato — que es también el de un pueblo que cayó sin vida en el 32 y ha vuelto a levantarse en pie de guerra — fue recogido apenas por un grupo de cineastas mexicanos, coordinados por Paul Leduc, y forma parte de la película *Historias prohibidas del Pulgarcito*, que se equiporrealizó a principios de año en ese país centroamericano. La cinta, estructurada en su primera parte con apego a un fragmento del libro homónimo del poeta salvadoreño Roque Dalton, reseña ampliamente los diversos aspectos del conflicto histórico en que se halla envuelta la sociedad salvadoreña, vistos, en su origen, desde la época de la Conquista hasta estos días.

Historias . . . se inicia intensamente con una serie de hermosos planos —secuencia de una plantación de café— símbolo de la riqueza en disputa entre la oligarquía agroex-

portadora y el pueblo trabajador y superexplotado — y de allí salta, en un violento corte, a la imagen de un miliciano en un campanario que llama a los vecinos de una población de provincia a sumarse a las organizaciones revolucionarias para el combate final.

Desde ese momento y a lo largo de 120 minutos el espectador podrá observar, en este magnífico reportaje cinematográfico, los rostros de los dirigentes fascistas y sus absurdas argumentaciones, los operativos de los cuerpos represivos en el centro de San Salvador, la radicalización del enfrentamiento de clases — sintetizada con claridad en una secuencia donde aparecen desfilando por las calles las mujeres de la burguesía (al grito de "paz y trabajo") y la actitud de los espectadores, todos de extracción popular, que les responden coreando las siglas de las organizaciones de masas con el puño en alto.

Verá, asimismo, los momentos terribles del terror — las madres que identifican en los caminos los cadáveres mutilados de sus hijos, la captura en vivo de un grupo de huelguistas que son llevados en vehículos militares a la tortura y la muerte, los cuerpos caídos en las manifestaciones pacíficas — y comprenderá, con absoluta nitidez, por qué el pueblo salva-

doreño se organiza, se prepara, se arma para evitar que ese genocidio, dirigido por Washington y ejecutado fríamente, se consuma. En este sentido la película ofrece, también, un vasto compendio de entrevistas efectuadas por los cineastas con los más altos dirigentes de las organizaciones de masas: el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), el Bloque Popular Revolucionario (BPR), las Ligas Populares 28 de Febrero (LP-28) y la Unión Democrática Nacionalista (UDN), todas las cuales integran ahora, con el Movimiento Nacionalista Revolucionario y otras fuerzas, el Frente Democrático Revolucionario.

Al conocer las "tesis" del general Maximiliano Hernández Martínez (presidente de la república de 1932 a 1944 y autor de la matanza del 32, en la que murieron por lo menos 30 mil campesinos), el público entenderá de qué pasta están hechos los hijos de la oligarquía salvadoreña que hoy se enfrentan, armados por Washington para salvaguardar sus privilegios, al asedio de la furia revolucionaria y popular. Decía el general Hernández Martínez "maestro teósofo", que "es conveniente que los niños anden descalzos porque así reciben mejor los efluvios del planeta" y que "es peor matar a una hormiga que a un hombre, porque el hombre reencarna pero la hormiga desaparece para siempre".

Esa es la ideología de los que están dispuestos a asesinar a cien mil salvadoreños "para conservar el orden". Esos, los herederos del general Hernández, son los enemigos del pueblo de El Salvador. La excelente cinta de Paul Leduc — que desde hoy se exhibirá por los medios posibles — es un urgente llamado a la solidaridad de los trabajadores, los campesinos y los intelectuales mexicanos. Es un reclamo imposible de desatender.